

Nuevas tecnologías y procesos de transformación cultural

Jesús Martín Barbero*

TECNOLOGIAS Y CULTURA: UNA RELACION NECESITADA DE HISTORIA

Ir más allá de las generalizaciones y los tópicos con que suele tratarse el "impacto" de las tecnologías sobre la cultura requiere ante todo de una puesta en historia. Lo que para el caso de las tecnologías de comunicación en América Latina implica al menos distinguir dos etapas y dos procesos claves: años 30-50 el proceso de *modernización*, años 60-70 el de *desarrollo*.

Nacionalismo y modernidad

Modernización significa en los años treinta la adecuación de las economías de los países latinoamericanos a las exigencias del mercado mundial, adecuación que a su vez se produce mediante la sustitución de importaciones sólo es posible en base a la organización de los mercados nacionales. En esa unificación del

*Profesor de la Universidad del Valle. Presidente de la Comisión de Comunicación del CLACSO.

mercado van a jugar un rol fundamental las tecnologías de comunicación: a un país lo unifican tanto o más que las carreteras y los ferrocarriles, el telégrafo, la radio y el teléfono. Pues hacer un país no es sólo cuestión de economía, posibilitar que lo que se produce en una región llegue a otras, o que lo producido en cada región llegue a los puertos para ser exportado, es también proyecto político y cultural. El concepto de modernización que sostiene el proyecto de construcción de naciones modernas en los años 30 articula un movimiento económico —entrada de las economías nacionales a formar parte del mercado internacional— a un proyecto claramente político: construir las naciones mediante la creación de una cultura nacional, de una sensibilidad, o en términos de ese tiempo de un *sentimiento nacional*. El alcance y el sentido de las tecnologías de comunicación, su relación a la cultura en ese momento, remiten entonces el movimiento social que da origen al proyecto político populista: la aparición en la escena social de las masas urbanas. Pues las masas serán constituidas en sujeto social justamente a partir de la idea de *nación* (1), ellas se reconocen y son el contenido de aquel nuevo sujeto de lo social que es lo nacional.

A la visibilidad social de las masas el Estado responde nacionalizándolas. El proyecto nacional es posible sólo mediante el encuentro, la *comunicación*, entre masas populares y Estado. En el sentido de la reescritura que en los últimos años se está llevando a cabo sobre el populismo latinoamericano. Frente a un reduccionismo que confundió cualquier populismo —el de Getulio Vargas en Brasil, el de Cárdenas en México o el de Perón en Argentina— con modulaciones del fascismo, los nuevos historiadores de los procesos políticos descubren la originalidad latinoamericana de esos procesos: más que una estratagema del poder, el populismo de esos años resultó siendo la organización del poder que le dió la forma al *compromiso* entre masas, nuevas masas urbanas, y Estado. Y ello no sólo en los países en los que el populismo fue dramatizado, también en los demás, esos años presenciaron proyectos de compromiso populista.

La visibilidad de las masas urbanas reside en la presión de sus demandas: lo que ha sido privilegio de unas minorías en el plano del habitat o de la educación, de la salud o la diversión, es ahora reclamado como derecho de las mayorías, de todos y cualquiera. Y no es posible hacer efectivo ese derecho al trabajo, a la salud o a la educación sin *masificarlos*, esto es sin hacer estallar la vieja configuración estamentaria de la sociedad y del Estado. Masificar es en este momento darle acceso social a las masas, responder a sus demandas (2). Y justamente en la formulación de esas nuevas demandas sociales, van a jugar un papel clave las “nuevas” tecnologías de comunicación de ese momento: la radio en todos los países, y en algunos el cine. Ellas van a hacer posible la emergencia de un nuevo lenguaje y de un nuevo discurso social, el discurso popular-masivo.

El proyecto nacional, en cuanto superación de la fragmentación regional —que en el caso de Colombia hacía del país “un país de países” (3)— va a estar primordialmente por aquel discurso que hacen posible la escuela y los medios

de comunicación (4). La *radio* posibilitando el paso de las culturas rurales, que eran aún las de la mayorías, a la nueva cultura urbana, haciendo posible su entrada en la modernidad sin perderse del todo, sin abandonar por completo ciertos rasgos de "identidad rural", dando persistencia e introduciendo elementos de una cultura oral, organizada en base a una racionalidad expresivo-simbólica, en una cultura urbana que empieza a organizarse sobre una racionalidad instrumental. Y la radio va a ser también clave en la gestación del sentimiento nacional, en la traducción de la idea de nación en sentimiento y cotidianidad. Un sentimiento nacional que en la radio de esos años no desactiva completamente el otro, el de pertenencia a una región. Lo nacional fue en ese tiempo una experiencia peculiar: la de descubrirse habitantes de un país más ancho y grande que se comparte con otras regiones; fue eso aunque también el inicio de destrucción de esa pluralidad.

Por su parte *el cine* hace nación al teatralizarla (5), al darle rostros, gestos, voces e imágenes. En el cine, dice Monsivais, los mexicanos aprendieron a ser mexicanos. Lo que durante mucho tiempo había sido sinónimo de vulgar, de chabacano, apareció como elemento configurador de la "idiosincrasia nacional": unos modos de hablar, de caminar, un color de la piel, unos gustos y unos sabores. Al verse, al pasar por las imágenes del cine, rasgos y gestos eran legitimados como conformadores de la cultura nacional. Con todo lo que ello entrañó de chauvinistas pero también de vehículo de gestación de la nueva identidad urbano-nacional.

En síntesis, las "nuevas" tecnologías de comunicación en esa primera etapa tienen su relación con la cultura mediada por el proyecto estatal de modernización, un proyecto eminentemente político pero también cultural: no era posible transformar estos países en naciones sin crear en ellos una cultura nacional.

Desarrollismo y transnacionalización

A la segunda etapa la idea que le da forma es la de *desarrollo*. ¿Qué cambios introduce? Si la idea de modernización vehiculaba un proyecto eminentemente político, la de desarrollo plasmará un proyecto *económico*: la de un crecimiento económico a cuyo servicio estarán las reformas del Estado y de la sociedad. A finales de los años 50 el proyecto populista ha hecho crisis: la radicalidad de las demandas sociales exigía su transformación en uno revolucionario y al no poder seguir vivo sin radicalizarse el populismo agota su propuesta. En su reemplazo aparece otra, *la desarrollista*, aquella según la cual si estos países son pobres no es por falta de justicia social sino porque *no producen*. Para poder repartir justicia— hay primero que producir. Lo que coloca a la democracia, política, en situación subsidiaria por relación al crecimiento económico (6). El desarrollismo resulta diciéndonos: ya está bien de reformas sociales y de política, lo que necesitamos es una concepción técnica de los problemas. De ahí que ese momento sea es más álgido en la *difusión de innovaciones* pues el de la

transferencia de tecnología avanzada de la que se espera la solución a los problemas del subdesarrollo.

¿Cuál es el papel que van a cumplir ahí las tecnologías de comunicación y en especial la "nueva", la televisión? Para responder a esa pregunta hay que situarla en relación con los cambios que el desarrollismo introduce en la mediación ejercida hasta entonces por el Estado. En la etapa populista el Estado era la encarnación visible del pacto social. Ahora ya no, ahora el Estado debe ser una instancia técnico neutral que ejecute los imperativos del desarrollo (7). Conservando la retórica del "servicio social" de las ondas y los medios tanto la educación como la comunicación y la cultura son puestos en manos de la empresa privada. Cambian las funciones del Estado y cambia también el sentido de lo masivo. Pues mientras en la etapa populista lo masivo aludía a la presencia social de las masas, a la presencia de las masas llenando las calles, dejando pequeños los hospitales y las escuelas, ahora lo masivo hablará de *los medios*. Y con ellos será confundida la comunicación. Es el mensaje de la OEA: el mejor índice de desarrollo de estos pueblos es el desarrollo de sus medios de comunicación. La comunicación medida del desarrollo: "sin comunicación no hay desarrollo". Una comunicación medida en número de ejemplares de periódicos, de receptores de radio y televisión (8). Ahora ya podemos responder la pregunta sobre el sentido de las tecnologías en el nuevo proyecto. Si la radio y el cine fueron, en el proceso de gestación de una cultura nacional, en alguna medida y a su manera, receptivos a la diversidad cultural de estos países, con la llegada de la Televisión asistimos a la puesta en función de otro modelo regido por la tendencia a *la constitución de un solo público* (9). Un modelo que tiende a la unificación de la demanda mediante un imaginario de consumo que ya no es nacional sino explícita y descaradamente *transnacional*. Lo cual supone proponer un solo modelo de desarrollo para todos los países y para todo el país. Un modelo para el que las diferencias se tornan en obstáculo. Y un segundo mecanismo fundamental, sobre el que se organiza el modelo que rige la televisión, la tendencia a *confundir la realidad con la actualidad*. Dispositivo de contemporización, de sumisión de todos los tiempos, de las temporalidades de que está hecha América Latina, a un sólo tiempo: el de la actualidad, en cuanto tiempo único de medida de la productividad. Y frente a las *anacronías*, los destiempos que atraviesan la realidad cultural de estos países la televisión nos moldeará obturando la memoria y unificando las hablas y los gestos como condición básica de desarrollo.

II

LAS MUTACIONES CULTURALES: UNA TOPOGRAFIA MOVEDIZA

Lo que de *nuevo* traen las "últimas" tecnologías de comunicación hay que estudiarlo a la luz que proyecta la perspectiva histórica. El trazado anterior nos permite situarlo *en relación* al movimiento de lo social y no sólo a la innovación

tecnológica. Lo verdaderamente nuevo es la etapa en que entramos, y en la que las tecnologías —telemática, videodisco, TV-cable, fibra óptica, etc.— son tanto causa como efecto, operan activamente sobre una realidad que las demanda y diseña secretamente.

Las contradicciones de una conciencia planetaria

Quizá el más socorrido de los *impactos* sea —vía satélites— el que Brzezinski (10) denomina “la nueva conciencia planetaria”: el surgimiento de un nuevo tipo de conciencia que supera/trasciende las culturas particulares, las tradiciones e identidades nacionales. Pienso que la contradicción se sitúa en primer lugar a nivel de lo que significa ese *superar*. Pues es cierto que los hombres parecen estar en camino de vencer las barreras que alza la postulación de una identidad excluyente que ha servido innumerables veces para tapar con retórica la ineficacia y la mediocridad, el repliegue para no enfrentar los retos. Bienvenida una nueva coincidencia que pone en crisis aquel nacionalismo retórico e incapaz además de asumir la diversidad, la pluralidad de que están hechas nuestras sociedades nacionales. Pero, ¿en qué medida esa “conciencia planetaria” se piensa en sí misma como *síntesis* hegeliana de las verdades culturales de todas las culturas que *supera* en la idea . . . pero que en la realidad destruye? ¿En qué medida esa superación no forma parte de una *nueva* racionalización, justificación de una transnacionalización con derecho a destruir la riqueza cultural de este planeta en la misma forma en que está destruyendo su riqueza ecológica. Y entonces la nueva conciencia podría convertirse en otra forma, la más “interior”, de desconocimiento y de suicidio cultural (11).

De otro lado, las nuevas tecnologías de comunicación están trastornando la *economía del tiempo*. Durante siglos los cambios fueron lentos, muy lentos, de manera que una generación tenía “tiempo” de contárselos a la siguiente. Nosotros estamos viviendo la entrada en otro régimen de tiempo que forma parte de esa conciencia planetaria también contradictoriamente. La aceleración de los cambios hace parte del movimiento de la comunicación —la instantaneidad de la información posibilita una nueva rentabilidad y una transformación de las relaciones posibles, multiplicándolas— pero también induce a una actualidad histórica que viene a desvalorizar cualquier tiempo. El tiempo de la historia: la información noticiosa o la noticia informatizada obturando la memoria hasta aplastar lo actual contra su fetiche, induciendo la desaparición misma del tiempo como contexto vivo de los hechos (12). El tiempo de la cotidianidad, hecho no de unidades computarizables sino de fragmentos y repetición. Y finalmente el tiempo de las culturas (13), sus ritmos, sus temporalidades diferentes: el tiempo de las culturas indígenas, de las culturas negras, de las culturas occidentales y el tiempo de sus mestizajes.

También la *topología de la participación* se está viendo afectada por las innovaciones tecnológicas. ¿En qué dirección? Según unos haciendo posible

una descentralización radical, dotando tanto a los individuos como a los grupos de una capacidad de respuesta que antes nunca tuvieron, empujando la interacción y la posibilidad de intervenir desde todos los puntos en la toma de decisiones, en una palabra renovando la sociedad civil y la participación democrática. Según otros, lo que las nuevas tecnologías de comunicación procuran son más sofisticadas formas de centralización y de control social poniéndonos al borde de un más blando pero también más irresistible fascismo. Ahí estaría la información suministrada para que los hijos sean aceptados en el colegio convirtiéndose años después, y en manos de las autoridades policiales, en indicios de desviación. O la información recogida por las tarjetas de crédito posibilitando el chantaje a la intimidad. O la imposibilidad de cambiar de trabajo sin verse perseguido por la información acumulada, diseminada. Entre el optimismo vacuo y la paranoia caben sin duda aquellas preguntas que ponen en relación las virtualidades de la tecnología con sus usos sociales, esto es con los "manuales de uso" que ellas conllevan materializados en los hábitos y las tendencias de nuestras sociedades (14). Apostar por un salto adelante, por un cambio desde las tecnologías mismas sin referencia a esos hábitos sociales sería paradójicamente el más craso de los voluntarismos y de la mala fe política.

Ahondando la crisis de un modelo de sociedad

Lo que las nuevas tecnologías ponen al descubierto parecería ser, en últimas, el desfase entre la nueva era "de la información", resultado de la revolución electrónica, y la vieja organización social y política aún moldeada sobre los restos de la revolución industrial. Nos hallamos entonces ante la crisis última del modelo político liberal y de sus dos dispositivos claves, sus dos ideas-fuerza: la idea del Estado nacional y la idea de un espacio público no deducible ni reductible a los intereses privados (15). Al hallarse ligadas "desde dentro" a la forma nueva de transnacionalidad del capital las nuevas tecnologías *afectan* la forma y las funciones de los estados nacionales. No sólo por el tamaño de las inversiones que requiere su implantación sino, sobre todo, por el ámbito de su operación. Si hubo un tiempo en que un tractor no era rentable más que para un número determinado de hectáreas, ahora nos encontramos con unas tecnologías cuyo espacio de operación "adecuada", es decir rentable, rebasa lo nacional. Y si a esa condición la ponemos en relación con la situación de deuda externa de los países latinoamericanos, nos encontramos frente al círculo de esa condición: las presiones económicas convertidas en opción tecnológica que a su vez se traduce en chantaje político. Lo que, como afirma Roncagliolo, ya no puede ser pensado en términos de imperialismo pues es un modelo político, y no sólo económico, el que está siendo internacionalizado (16). Un modelo que recorta día a día más la capacidad de decisión de los estados nacionales en el diseño de desarrollo de los países. En respuesta a lo cual la defensa de las soberanías nacionales pasa a ser un problema a enfrentar *como región* latinoamericana. El acoso tecnológico se torna así llamada a la construcción de un

ámbito de autonomía desde donde sea posible pensar hoy tanto la implantación "racional" de tecnologías como una defensa de las soberanías nacionales.

Pero el acoso al Estado le viene también de dentro, de "la creciente incapacidad, según Hamelink, para distinguir entre los ámbitos público y privado" (17), de la modificación de su frágil equilibrio, de la desocialización de lo público (18). El "viejo" y fundamental concepto de "servicio público" parecería estar perdiendo sentido al ritmo de una privatización acelerada de todo aquello que se consideraba por derecho *público*: desde el transporte urbano a la televisión. El caso de la televisión en Europa es bien dicente. Se privatiza en Italia, está en proceso en Francia, se prepara en España. Y lo más paradójico: esa privatización se lleva a cabo por gobiernos presididos por socialistas! Como si la superación de la crisis económica estuviera ligada indisolublemente a la dinámica de la privatización, como si en el área de las comunicaciones el avance pasara irremediablemente por la "superación" de la vieja idea de un espacio público. Pero en ese movimiento lo que se estaría perdiendo es, según Richeri (19) la identidad misma de los medios de comunicación. Pues lo que pasa en los medios, y especialmente en la televisión cada vez parece tener menos relación con su identidad comunicativa y más con el hecho tecnológico en sus posibilidades de reconversión industrial, esto es las tecnologías de comunicación como nuevo espacio de inversión del capital en crisis. La innovación en el ámbito tecnológico no es acompañada ni de lejos por la innovación en la programación, los *usos sociales* de las potencialidades nuevas no parecen interesar en absoluto a los productores y programadores. A lo que viene a unirse el carácter *transversal* de las nuevas tecnologías, esto es la forma en que se inscriben en la cotidianidad afectando el funcionamiento de la sociedad civil. Ya no afectan la vida cotidiana desde algún punto en especial sino que se instalan en todos, la afectan desde todos —el trabajo, la escuela, el hospital, la administración— creando una red electrónica que como "nuevo tejido" vendría a suplir las viejas formas de asociación social. Una amiga desde Brasil me escribe: "El derecho a la representación política puede estar comenzando a morir en este país. Un estado que teme el fortalecimiento de la sociedad civil ha conseguido promover una ruptura. Hoy la relación entre Estado y nación se hace cada vez más a través de los nuevos medios de comunicación y no de los partidos ni de los movimientos sociales. Es algo que yo conocía en los Estados Unidos pero todavía no había visto en ningún país de América Latina".

La fragmentación del habitat cultural

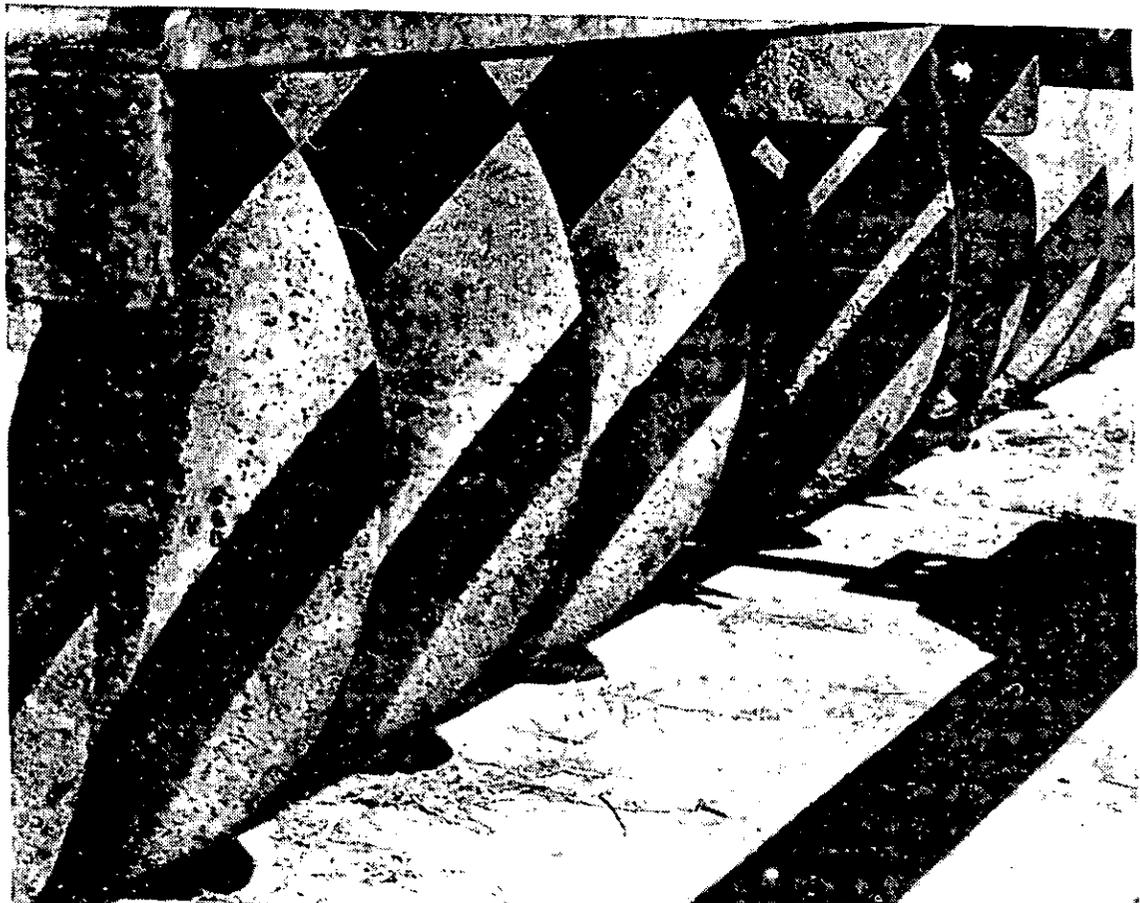
La disolución del modelo *masivo* de comunicación sería otro de los grandes avances operados por la innovación tecnológica. Se acabó la imposición de una programación homogénea, ahora cada grupo y cada individuo va a poder armarse su propia programación. El servicio informativo y cultural vía medios ya no nos obligará al menú del día, nos ofrecerá un menú a la carta. El hecho está ya ahí en forma de videograboras, de suscripción al cable televisivo, de teletexto

y de esa maravilla de la doble vía que nos trae la fibra óptica. Alguien tan poco apocalíptico como Richeri al mirar esa explosión desde la dinámica de la cultura descubre “la disolución de un horizonte cultural común a una sociedad (...) con importantes riesgos para la unidad política y cultural de un país ya que supone la ausencia de un lugar de representación de la sociedad compartido a nivel de masas” (20). Disolución que presenta ya tres formas o niveles: el de la *fragmentación* de los públicos por multiplicación de los canales, el de la *segmentación* de los consumos mediante una suscripción particular al cable pero al que sólo tendrán acceso aquellos a quienes se lo permita su capacidad económica, y la *individualización* hecha posible por la fibra óptica mediante la cual cada usuario conectado a bancos de datos podrá solicitar únicamente la información que le importa. A este propósito Miguel de Moragas viene insistiendo sobre lo que ello implica de refuerzo de la estratificación social al impulsar una separación tajante entre “un modelo de información para la acción —reservado, secreto, documentado— y otro modelo informativo para las masas, en el que predominará el enfoque espectacular” (21).

En la perspectiva de la fragmentación cultural que las nuevas tecnologías empujan se hace necesario repensar algunas de las críticas a ese “viejo” modelo masivo de comunicación que estaría en trance de desaparecer. Porque si aquel modelo tendía a homogenizar los gustos, lo hacía al mismo tiempo que nos obligaba a encontrarnos con el “mal gusto” de los otros, a saber que existía, a tener que contar con él. Para todos aquellos que abominan las telenovelas o la lucha libre en la televisión el hecho de tener que encontrarse con ese otro universo cultural significa al menos la imposibilidad de encerrarse en el propio. Ahora, los nuevos dispositivos de fragmentación y especialización van a hacer posible un aislamiento mucho mayor: cada cual, de acuerdo con sus posibilidades económicas, va a poder encerrarse con sus saberes y sus gustos sin tener que enfrentarse en lo más mínimo a la interpelación cultural de los otros. Y la demanda social de comunicación va a poder ser así confinada y reducida a la venta de información. Esa reducción, y la confusión de que se alimenta, se hizo evidente hace ya algunos años en el Japón (22). Para las ciudades de Tama y de Higashi-Ikoma se puso en marcha un sistema de fibra óptica que permitía un sinúmero de servicios telemáticos. El objetivo era aumentar la comunicación colectiva, pero lo que resultó fue únicamente el aumento de información sobre los asuntos locales, con los que posteriormente se vió que lo que interesaba no podía lograrse más que desarrollando el contacto entre los vecinos.

NOTAS

1. J. C. Portantiero, *Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina 80*, Desco, Lima, 1981.
2. J. L. Romero, *Las ciudades y las ideas*, el Capítulo "Las ciudades masificadas" pp. 319-390.
3. R. Pareja, *Historia de la radio en Colombia*, p. 177.
4. Sobre el papel de la escuela en ese proceso: C. Braslavsky, J. Tedesco y otros: *Tendencias históricas de la educación popular como expresiones de los proyectos políticos de los Estados latinoamericanos*, México, 1982.
5. C. Monsivais, *Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares*, en "Cuadernos políticos" Nº 30, México, 1984.
6. Ver a ese propósito: E. Faletto, *Estilos alternativos de desarrollo y opciones políticas*, en *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*, pp. 119 y ss.
7. N. Lechner, *Estado y política en América Latina*, p. 306.
8. C. Mendes, en *El mito del desarrollo*, pp. 133 y ss.
9. Muñiz Sodré, *O monopólio da fala: funcao e ligugem da televisao no Brasil*, Petrópolis, 1981.
10. Z. Brzezinski, *La era tecnocrática*, Buenos Aires, 1972.
11. N. García Canclini, *Cultura transnacional y culturas populares*, México, 1985.
12. F. Reyes Matta, *Planificación y periodismo: diseño de pautas alternativas*. Santiago de Chile, 1985.
13. G. Weinberg, *Tiempo, destiempo y contratiempo*, en "De historia e historiadores", pp. 41-76.
14. N. Casullo y otros, *Comunicación: la democracia difícil*, Ilet, Buenos Aires, 1986.
15. Un texto clave para poner en perspectiva histórica la transformación de la esfera de lo público: J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, 1980.
16. R. Roncagliolo, en *Comunicación transnacional: conflicto político y cultural*, pp. 27 y ss.
17. C. Hamelink, en *La era teleinformática*, p. 59.
18. M. Mattelart, *La Culture contre la democratie?*, pp. 59 y ss.
19. G. Richeri, en *La televisión: entre servicio público y negocio*, pp. 17 y ss.
20. G. Richeri, *Nuevas tecnologías e investigación sobre las comunicaciones de masas*, en "Sociología de la comunicación de masas". Vol. IV, p. 77.
21. Miguel de Moragas, *Opinión pública y transformaciones en el uso de la información*, mimeo Barcelona, 1984. Ver también: *Transformación tecnológica y tipológica de los medios*, Barcelona, 1985.
22. Citado en G. Rodríguez (Comp.), *La era teleinformática*, pp. 97 y ss.



Sin título

Mauricio Pinzón (II Semestre)